Robert Frost
(1874-1963)

14 de abril, 17:30

BIBLIOTECA CBA, IRÚN



(Fuente de la imagen: Wikipedia)

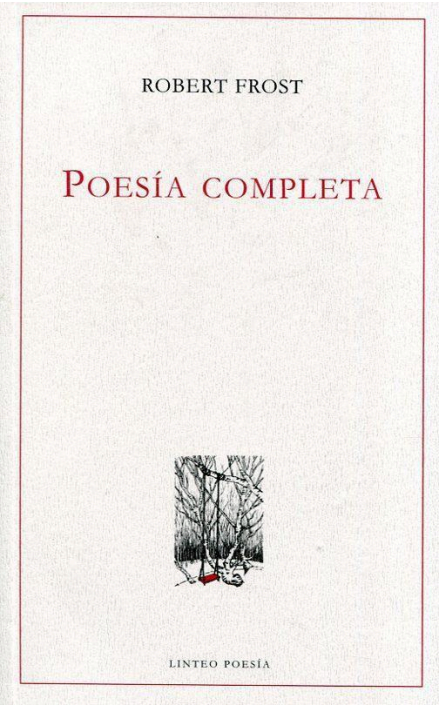
Robert Frost fue un poeta astuto, dado a la auto-parodia ingeniosa y la implicación irónica, lleno de desprecio por la mayoría de sus contemporáneos y que disfrutaba engañando a los lectores sentimentales haciéndoles creer que entendían sus poemas. Tal vez debido a la poca atención que recibió del público hasta que ya estaba cerca de los cuarenta años, cuando finalmente se publicaron sus dos primeros libros de poesía (La voluntad de un niño [1913] y Al norte de Boston [1914]), suspiró hasta el final de su vida por ser el centro de la atención. Esta manía por la atención acabó por arruinarle como poeta. Como destaca William H. Pritchard: «Las dos últimas décadas de su vida fueron las de un hombre cuyas producciones como poeta, por primera vez en su carrera, ocuparon una posición secundaria tras su vida como figura pública, autoridad, institución, emisario cultural». Las posturas que adoptó Frost al final —en los últimos poemas, así como en su vida— influyeron en detrimento de su reputación entre críticos académicos, que prefirieron la obra más difícil de T. S. Eliot, Ezra Pound y Wallace Stevens al verso pastoral ***aparentemente*** *directo de Frost, que no exigía la exégesis en la misma magnitud.*

Pero incluso cuando las reputaciones pública y crítica de Frost se encontraban en situación más precaria, los lectores más perceptivos (muchos de los cuales eran también poetas), como Randall Jarrell, Robert Penn Warren, Lionel Trilling y W. H. Auden, escribieron importantes ensayos que, en esencia, sugerían que el Robert Frost «real» —en oposición a la figura del abuelo que leía poemas simples y moralistas a públicos entusiastas de todo el país— fue un poeta complejo, incluso difícil, de extraordinaria fuerza e importancia duradera. En los últimos años, estudios en profundidad de Reuben Brower, Richard Poirier y William H. Pritchard han dado una respuesta permanente a la cuestión de si Frost fue o no fue un poeta «importante» en el sentido en el que aplicamos ese término a, por ejemplo, Eliot o W. B. Yeats. La respuesta es sí. Durante más de medio siglo de composición activa, situó docenas de poemas en la memoria literaria colectiva de este país; poemas que, como todos los poemas que valen la pena, constituyen un palimpsesto de significados y admiten numerosas interpretaciones plausibles. Quizá lo esencial sea que la poesía de Frost permanece en la imaginación, proporcionando consuelo y alivio, así como un sentido coherente del mundo. Tal como Randall Jarrell lo expresa en «A los Laodicenses» («To the Laodiceans»), su famoso ensayo sobre Frost: «Cuando conoces los poemas de Frost sabes sorprendentemente bien cuál era la apariencia del mundo para un hombre» Esto, por supuesto, no es poco.

Jay Parini, *Historia de la literatura norteamericana*, Cátedra, 1991.

***

(Todos los poemas de este cuadernillo están tomados del libro que publicó Linteo. Las traducciones son de Andrés Catalán)



UN CONOCIDO DE LA NOCHE

Yo he sido un conocido de la noche.
He salido bajo la lluvia… y vuelto bajo ella.
He rebasado la luz más lejana de la urbe.

Me he parado a mirar el callejón más triste.
Me he cruzado al sereno en su ronda nocturna
y bajado la vista, sin querer explicarme.

Me he quedado inmóvil y acallado mis pasos.
cuando muy a lo lejos un grito entrecortado
rebotó entre las casas desde otra avenida,

pero no para hacerme volver o decirme hasta luego;
y más lejos aún, a una altura intempestiva,
un lumínico reloj recortado en el cielo

proclamó que la hora ni estaba bien ni mal.
Yo he sido un conocido de la noche.

TRAS LA RECOGIDA DE MANZANAS

Mi larga escalera pasa a través de un árbol
hacia el cielo sereno,
y hay un barril que no he llenado
junto a él, y puede que haya dos o tres
manzanas que no cogí en alguna rama.
Pero ya me he cansado de recoger manzanas.
La esencia del sueño invernal flota en la noche,
el aroma de las manzanas: me estoy adormeciendo.
No puedo quitarme de la vista esa extrañeza
que sentí al mirar por la vidriosa lámina
que esta mañana retiré en el abrevadero
y sostuve ante un mundo de hierba blanquecina.
Se derritió, y la dejé caer y se rompió.
Pero yo estaba ya bien
encaminado al sueño antes de que cayera,
y podría decir
en qué forma mi sueño iba a encarnarse.
Manzanas aumentadas aparecen y desaparecen,
del extremo del tallo al extremo de la flor,
las motas color teja claramente visibles.
El arco de mi pie no solo recuerda el dolor,
recuerda la presión de los peldaños.
Siento cómo oscila la escalera al doblarse las ramas.
Y sigo escuchando en la bodega
el retumbar
de cargas sobre cargas de manzanas, aún entrando.
Porque he estado ya demasiado tiempo
recogiendo manzanas: estoy exhausto
de la gran cosecha que yo mismo deseaba.
Había diez mil millares de frutas que tocar,

que apreciar en la mano, sopesar, y no dejar caer.
Porque todas
las que dieron en tierra,
aunque no se magullaran o mellaran rastrojos,
sin duda irían directas al montón para sidra
como si no valieran nada.
Uno puede ver bien lo que perturbará
este sueño mío, sea el sueño que sea.
Si no se hubiera desaparecido,
la marmota podría decir si es como el suyo
un sueño largo, tal y como lo describo,
o es tan solo y sin más un sueño humano.

EL PROPÓSITO ERA EL CANTO

Antes de que el hombre lo hiciera sonar bien
    soplaba el viento de manera instintiva,
Y lo más ruidosamente posible día y noche
    en cualquier sitio escabroso en donde daba.

vino el hombre a explicarle qué hacía mal:
    no había encontrado el lugar donde soplar;
soplaba demasiado: el propósito era el canto.
    Y escucha... ¡cómo debería hacerse!

Tomó en su boca una porción pequeña
    y la retuvo un rato hasta que el norte.
acabó convirtiéndose en sur,
    Y luego, con mesura, la expulsó soplando.

Con mesura. Eran palabras y eran notas,

el viento que el viento había querido ser...
un poco a través de labios y garganta.
El propósito era el canto: se dio cuenta el viento.

ABEDULES

Cuando veo los abedules torcidos a uno y otro lado
entre hileras de árboles más oscuros y enhiestos,
me gusta pensar que en ellos se ha columpiado un niño.
Pero empujarlos no los deja doblados para siempre
como hacen las tormentas de aguanieve. Los habrás visto
cargados de hielo en las mañanas soleadas de invierno
después de un aguacero. Chocan unos con otros
cuando aumenta la brisa, y se llenan de colores
cuando con el temblor el esmalte se agrieta y resquebraja.
Enseguida el calor les despoja de sus cristalinas cáscaras
que se hacen añicos y caen como un alud sobre la nieve helada;
tantos montones de cristales que barrer que os parecería
que la cúpula interna de los cielos se hubiera derrumbado.
La carga les hace agacharse hasta los helechos marchitos,
y no parecen romperse; aunque una vez quedan inclinados
tan abajo durante tanto tiempo, nunca logran volver a enderezarse:
es probable que veas los troncos arqueados en el bosque.
muchos años después, arrastrando las hojas por el suelo
como muchachas que andando a gatas se lanzaran el pelo
hacia delante, cubriéndose la cara para secarlo al sol.
Pero yo iba a decir, cuando la Verdad me interrumpió
con todo su realismo sobre la tempestad de nieve,
que preferiría que hubiera sido un niño el que los inclinó
en sus idas y venidas en busca de las vacas:
un niño demasiado lejos de la ciudad para saber de béisbol,

cuyo único entretenimiento fuera el que se inventara,
en verano o invierno, y que pudiera disfrutar a solas.
Uno a uno sometió a los árboles de su padre
montando sobre ellos una y otra vez
hasta que nada de rigidez quedó en sus troncos
y ninguno quedó sin pender lacio, ninguno quedó
sin conquistar. Aprendió todo lo que había
que aprender sobre no lanzarse demasiado pronto
y sobre no arrastrar completamente el árbol
hasta el suelo. Siempre mantenía el equilibrio
hasta en las más altas ramas, trepando con cuidado
con el mismo esmero que pones al llenar una taza
justo hasta el borde, e incluso un poco más.
Luego se lanzaba, los pies por delante, con un silbido,
pataleando en el descenso hasta llegar al suelo.
También una vez yo fui un columpiador de abedules.
Y algunas veces sueño con volver a serlo.
Me sucede cuando me canso de tanta reflexión,
cuando la vida se parece a un bosque sin senderos
en donde la cara te arde y pica por tantas telarañas
que están por todas partes, y un ojo te lagrimea
por culpa de una rama que soltó un latigazo.
Me gustaría escaparme de la tierra por un rato
y luego regresar a ella y volver a empezar.
Pero que los hados no me malinterpreten a propósito
y me otorguen a medias mi deseo, secuestrándome
para no regresar. Para el amor la tierra es el lugar adecuado:
ignoro en qué otro lugar nos podría ir mejor.
Me gustaría marcharme trepando por un abedul,
escalar el tronco blanquísimo por las negras ramas
hacia los cielos, hasta que el árbol no me aguantara más,
y agachara la copa y me dejara nuevamente en el suelo.
Estaría muy bien disfrutar de ambas, la ida y la vuelta.
Ser un columpiador de abedules no es lo peor que puedes ser.

EL TRABAJADOR DEL CENSO

Llegué con mi cometido una tarde de nubes tormentosas.
a una casa de lanchas, cubiertas de papel negro,
con una sola habitación y una ventana y una sola puerta,
la única morada en mitad de un baldío paraje talado
de cien millas cuadradas en medio de los montes:
y no habitado entonces por mujeres ni hombres.
(No fue habitada nunca, no obstante, por mujeres,
así que por qué hacer de esto una tragedia?)
Llegué como trabajador del censo al yermo
para contar sus habitantes y ninguno encontraré,
ninguno en las cien millas, ninguno allí en la casa,
a donde acudí al final con ciertas esperanzas, pero pocas
tras horas de contemplar desde unos riscos
aquel vacío despellejado hasta la roca misma.
No hallé gente que se atreviera a asomarse,
ninguna que no se escondiera de ojos indiscretos.
Fue por otoño, pero cómo iba alguien
a saber qué época era cuando todos los árboles
que pudieran dejar caer una hoja habían caído
y nada quedaba ya allí excepto los tocones
sacando a relucir sus anillos en azucarada brea;
y cada árbol en pie era un tronco podrido
sin hoja alguna que emplear en el otoño
ni rama alguna con la que silbar tras emplearla.
Quizás el viento, cuanto menos contara con la ayuda
del soplo de los árboles, mejor podría indicar qué época
del año o del día era por la forma de abrir una puerta

y romperle el pestillo, como si unos hombres toscos
entrarán por ella y le dieran cada uno un portazo

para que tuviera que abrirla otra vez el siguiente.
Conté a nueve a los que no tenía derecho a contar
(pero era éste un fantasioso recuento extraoficial)
antes de que hiciera pasar por el umbral al décimo.
¿Dónde estaba mi cena?, ¿dónde estaba la de los demás?
Ni un candil encendido. Nada había en la mesa.
La estufa estaba fría, —la estufa estaba lejos de la chimenea—
y cojeaba por el lado por el que le faltaba una pata.
La gente que había entrado haciendo tanto ruido,
era gente según el oído pero no según el ojo.
No estaban en la mesa, apoyados con los codos.
No estaban durmiendo en las filas de literas.
Ningún hombre vi allí ni ningún hueso humano.
Me armé contra los huesos que bien pudiera haber
con el trozo embreado de un mango de hacha
que recogí del suelo cubierto de polvo y paja.
Nada de huesos pero sí el repiqueteo de la ventana mal ajustada.
La puerta permanecía quieta porque yo la sostenía
mientras pensaba que hacer que fuera posible:
respecto a la casa, respecto a la gente que no estaba allí.
Esta casa tan sólo desmoronada tan solo en un año
me llenó de no menos tristeza que las casas
que a lo largo de diez mil años se derrumban
donde Asia separa a África de Europa.
Según yo lo veía nada podía hacerse
excepto reconocer que allí ya no quedaba nadie
y proclamar a los riscos, demasiados alejados para hacer eco,
“El lugar está desierto, que quien aceche
en silencio, si esto lo ofende de algún modo,
rompa el silencio ahora o calle para siempre.
Que diga por qué no debería ser así declarado”.
La melancolía de tener que contar almas
allí donde escasean más y más cada año
es más intensa allí donde van reduciéndose a la nada.

Debe ser que deseo que la vida siga viva.

ÁRBOLES DE NAVIDAD

Una carta de Navidad

Se había encerrado la ciudad en ella misma
y dejado al fin el campo para el campo;
cuando entre remolinos de nieve que no se calmarían
y remolinos de follaje aún sin calmar, llegó
conduciendo un extraño en nuestro patio; parecía de ciudad,
pero hizo a la manera del campo lo que hizo:
sentarse y esperar hasta que nos obligó a salir
abotonándonos los abrigos a preguntar quién era.
Resultó ser la ciudad que que regresaba una vez más
en busca de algo que se había olvidado
y de lo que, pues era Navidad, no podía prescindir.
Preguntó si le vendería mis árboles de Navidad;
mi bosque... los jóvenes abetos parecidos a un pueblo
en donde cada casa era una iglesia con su torre.
Nunca me pareció que fueran árboles de Navidad.
Dudo de que por un instante no me tentara
talarlos y venderlos y subirlos a los coches
y dejar bien desnuda la ladera tras la casa,
allí donde el sol calienta ahora poco más que la luna.
No soportaría que lo supieran, si así me sucedió.
Pero soportaría menos acaparar mis árboles a no ser
que fuera como acaparan los suyos o les niegan,
pasado el tiempo del crecimiento lucrativo,
la prueba que el mercado le impone a cada cosa.
Un buen rato coqueteé con la idea de venderlos.
Luego no sé si por una falsa cortesía
y por miedo a parecer corto de palabra, o esperando
quizás oír alguna alabanza hacia mis cosas,
dije, “No hay demasiados para que valga la pena”.

“Enseguida le digo cuántos cortarían,
déjame que le eche una ojeada".

"Échela, échela.
Pero no espere que vaya a dejar que se los quede”.
En el prado se levantan, algunos en grupos tan compactos
que unos a otros se despojan de ramas, pero no pocos
bastante solitarios y con ramas uniformes
en todo su contorno. Ante los últimos asintió con la cabeza,
y se detuvo junto a alguno especialmente hermoso a decir,
con la parquedad de un comprador, "Este servirá".
Yo también lo pensaba, pero no estaba allí para decir tal cosa.
Subimos por el prado desde el sur, lo atravesamos,
Y descendimos por el norte.

Dijo, «Mil».

“¡Mil árboles de Navidad...! ¿A cuánto cada uno?”

Se dio cuenta de que tenía que suavizarlo un poco:
“Mil árboles sería un total de treinta dólares”.

Entonces tuve la certeza de que nunca pretendí en serio
dejar que se los quedara. ¡Nunca muestres sorpresa!
Pero treinta dólares parecían tan poco al lado
de la extensión de prado que debía despejar, tres centavos
(pues eso era todo en lo que valoraban cada uno),
tres centavos tan poco al lado del dólar que los amigos
a los que debería escribir en menos de una hora
pagarían en las ciudades por buenos árboles como estos,
verdaderos árboles de sacristía de los que toda una catequesis
podría colgar lo que quisiera para coger lo que quisiera.
¡Mil árboles de Navidad que no sabía que tenía!
Tres centavos más valiosos al regalarlos que al venderlos

como puede demostrarse con un sencillo cálculo.
Qué lástima que sea imposible meter uno en una carta.
No puedo evitar pensar que ojalá os pudiera mandar uno
para desearos con él unas Felices Fiestas.

LA MUERTE DEL JORNALERO

Mary meditaba junto al candil en la mesa.
esperando a Warren. Cuando oyó sus pasos,
corrió de puntillas por el pasillo a oscuras
para alcanzarlo en la entrada y darle la noticia
y ponerlo en guardia: “Silas ha regresado”.
Lo empujó a través de la puerta, hacia fuera,
y la cerró tras ellos. "Sé amable", dijo.
Tomó las cosas del mercado de los brazos de Warren.
y las dejó en el porche, después lo llevó abajo
y lo sentó a su lado en los peldaños de madera.

“¿Cuándo no he sido amable con él?
Pero no admitiré a ese tipo de nuevo”, contestó.
“Se lo dije en la última cosecha, ¿no es así?
Si se marchaba entonces, dije, sería el final.
¿Para qué vale? ¿Quién más le acogerá
con su edad y lo poco que puede hacer?
De la ayuda que ofrezca aquí no dependemos.
Se larga siempre cuando más lo necesito.
Piensa que se merece una pequeña paga,
al menos suficiente para comprar tabaco,
para no tener que andar pidiendo y tener deudas.
‘Mira’, digo, ‘no puedo permitirme pagar
ningún salario fijo, aunque ojalá pudiera’.
‘Otros sí que pueden’. ‘Entonces que lo haga otro’.

No me importaría que prosperara
si de eso se tratara. Puedes estar segura,
cuando empieza así, es que hay alguien
tratando de convencerle con calderilla...
en la temporada del heno, cuando toda ayuda escasea.
En invierno se vuelve con nosotros. Se acabó".

"¡Shh! no tan alto: te va a oír", le advirtió Mary.

"Eso pretendo: tendrá que oírlo, tarde o temprano".

"Está agotado. Está dormido al lado de la estufa.
Cuando llegué de la tienda de Rowe lo encontré aquí,
acurrucado contra la puerta del granero, muy dormido,
una imagen lamentable, y espantosa también...
no tienes por qué sonreír... no le reconocí...
no esperaba encontrármelo... y está cambiado.
Espera a verlo".

"¿Dónde dijiste que había estado?"

"No me lo dijo. Lo arrastré dentro de casa,
y le di un té e intenté obligarle a fumar.
Intenté hacerlo hablar de sus viajes.
No hubo manera: solo seguía dando cabezadas".

"¿Qué dijo? ¿Dijo algo?"

"Casi nada".

"¿Algo? Mary, confiesa
que te dijo que había venido para acequiarme el prado".

"¡Warren!"

"¿Pero lo dijo? Solo quiero saberlo".

"Pues claro que lo dijo. ¿Qué pretendías que dijera?
No irás a negarle al pobre viejo
una forma decente de salvar su amor propio.
Añadió, si realmente te interesa saberlo,
que también pretendía limpiar el prado alto.
¿Te suena a algo que hubieras oído antes?
Warren, ojalá hubieras escuchado la forma
en que lo embarullaba todo. Me detuve a mirar
dos o tres veces –me hacía sentir tan rara–
a ver si es que no estaba hablando en sueños.
Despotricó de Harold Wilson. Acuérdate, el chico
al que hace cuatro años empleaste con el heno.
Ha acabado el colegio, y enseñanza en la escuela.
Silas declara que tendrás que recuperarlo.
Dice que los dos formarán un equipo de trabajo:
¡ellos se encargarán de arreglar esta granja!
Cómo mezclaba eso con cosas diferentes.
Tiene a Wilson por un joven prometedor, aunque algo
chiflado con la educación; ya sabes cómo peleaban
durante todo julio bajo el sol abrasador,
Silas sobre el carro acomodando la carga,
Harold a un lado lanzándola hacia arriba".

"Sí, bien me cuidaba de estar donde no los oyera".

"Bueno, a Silas esos días le inquietan, como un sueño.
No te lo esperarías. ¡Cómo persisten ciertas cosas!
Las certezas de joven estudiante de Harold le irritaban.
Después de tantos años aún sigue encontrando
buenos razonamientos que ve que podría haber utilizado.
Le comprendo. Sé exactamente cómo es
encontrar qué decir pero demasiado tarde.

A Harold lo tiene asociado con el latín.
Me preguntó qué pensaba yo de aquello que decía Harold
de que estudiaba latín igual que violín,
simplemente por gusto. ¡Vaya una razón!
Dijo que no pudo hacerle creer al chico
que fuera capaz de encontrar agua con una vara de avellano,
lo cual mostraba qué provecho sacó jamás del colegio.
Quería seguir dándole vueltas. Pero sobre todo
piensa en si podría tener otra oportunidad
de enseñarle a apilar una carga de heno…"

"Lo sé, ese es el único talento de Silas.
Enfarda cada horconada y la pone en su sitio,
y la marca y la numera para futuras consultas,
para poder hallarla y aflojarla fácilmente
en la descarga. Eso Silas lo hace bien.
Lo saca en parvas como grandes nidos de aves.
Nunca le verás de pie sobre el heno
que intenta levantar, aunque apenas pueda con sí mismo".

"Cree que si pudiera enseñarle eso, tal vez así
haría algo bueno por alguien en el mundo.
Odia ver a un muchacho obsesionado con los libros.
Pobre Silas, tan preocupado por los otros,
y con nada en su pasado que mirar con orgullo,
y con nada en su futuro que mirar con esperanza,
y así es ahora, y nunca fue diferente".

Un pedazo de luna se hundía en el oeste,
arrastrando con ella el cielo tras las lomas.
Su luz caía suavemente en el regazo de ella, que lo río
y extendió el mandil para cubrirse. Pasó la mano
por las hileras de dondiegos dispuestas tal que un arpa,
tirantes con el rocío desde el arriate al tejado,

como si estuviera tocando en silencio una ternura
que actuaba sobre él, a su lado en la oscuridad.
“Warren”, dijo, “ha vuelto al hogar a morir:
no debes de temer que esta vez te abandone”.

“Hogar”, repitió él con cierta burla.

“Sí, ¿qué sino el hogar?
Todo depende de qué entiendas por hogar.
Claro que nada significa él para ti ni para mí, no más
que aquel sabueso que vino hasta nosotros,
desconocido, desde el bosque, agotado del camino”.

“El hogar es ese lugar al que si acudes
han de darte acogida”.

“Yo habría dicho que es
algo que en cierta forma no has de merecerte”.

Warren se incorporó y dio un paso o dos,
tomó una pequeña rama, y regresó con ella,
y la rompió con la mano y la arrojó a un lado.
“¿Crees que Silas tiene derecho a exigirnos
a nosotros más que a su hermano? Trece millas escasas
de sinuoso camino le llevarían a su puerta.
Silas ha caminado sin duda hoy más que eso.
¿Por qué no se fue allí? Su hermano es rico,
es alguien: el directivo del banco”.

“Nunca nos lo contó”.

“Pero lo sabemos, sin embargo”.
“Creo que su hermano debería ayudar, por supuesto.
Me ocuparé de eso si hace falta. Debería, en Justicia,

acogerlo, y quizá esté dispuesto;
Quizá sea mejor de lo que aparenta.
Pero apiádate un poco de Silas. ¿Crees
que si algo se enorgulleciera de sus parientes
o de lo que pudiera esperar de su hermano,
lo habría mantenido tan en silencio todo este tiempo?"

"Me pregunto qué había entre ellos".

"Te lo puedo decir.
Silas es lo que es –y a nosotros puede no molestarnos–
pero es de esos a los que los parientes no soportan.
Nunca hizo nada que fuera tan malo.
No sabe por qué no vale al menos tanto
como cualquier otro. No se dejará avergonzar
por complacer a su hermano, por inútil que sea".

"Es imposible que Silas hiciera daño alguna vez a alguien".

"No, pero me ha dolido de corazón ver la forma en que posó
y volvió su anciana cabeza sobre ese respaldo tan incómodo.
No dejó que le hiciera un hueco en el diván.
Debes entrar y ver qué puedes hacer tú.
Le he preparado ahí la cama para esta noche.
Te sorprenderá... lo deshecho que está.
Sus días de trabajo han acabado; de eso estoy segura".

"No me apresuraría a decir tal cosa".

"No me apresuro. Ve, míralo, compruébalo tú mismo.
Pero, Warren, por favor, recuerda cómo están las cosas:
ha venido a ayudarte a acequiar el prado.
Tiene un plan. No te rías de él.
Puede que no te lo cuente, y lo haga luego.

Me sentaré aquí a ver si esa nubecilla a la deriva
alcanza o no la luna”.

La alcanzó.
Eran por tanto tres las que allí estaban, en una tenue
hilera, la luna, la plateada nubecilla, y ella.

Warren regresó –demasiado rápido, le pareció a ella–,
se deslizó a su lado, le cogió la mano y aguardó.

“Warren”, preguntó ella.

“Muerto”, fue toda su respuesta.

COPOS DE NIEVE

La forma en que un cuervo
sacudió sobre mí
desde un abeto
los copos de nieve

hizo que mi corazón
cobrara otro ánimo
y en parte remedió
un día deplorable.

FUEGO Y HIELO

Hay quien dice que el mundo acabará en fuego,
hay quien dice que en hielo.
Por lo que he conocido del deseo
estoy por los que por el fuego se decantan.
Pero si tuviera que sucumbir dos veces,
creo que del odio sé bastante
para decir que para la destrucción el hielo
es también eficaz
y sería suficiente.

SEGANDO

Junto al bosque jamás se oyó otro sonido salvo este
mi larga guadaña susurrando a la tierra.
¿Qué era lo que le susurraba? Ni yo mismo lo sé;
quizá fuera algo sobre el calor del sol,
algo, quizá, sobre la ausencia de sonidos...
y por esa razón susurraba y no hablaba.
Pero no era un sueño que las horas ociosas regalaran,
ni un oro fácil en mano de hada o elfo:
fuera de la verdad, todo le habría resultado endeble
al minucioso amor que alineó las zanjas,
a las que no faltaban flores de punta delicada
(orquídeas blancas), y asustó a una serpiente de verde reluciente.
Los helechos son el sueño más dulce que la labor conoce.
Mi larga guadaña susurró allí dejó que se hiciera el heno.

MIEDO A LA TORMENTA

Cuando el viento conspira contra nosotros en la oscuridad,
y con nieve golpea
la ventana de la habitación de abajo que da al este,
y susurra con una especie de ladrido sofocado,
la bestia,
“¡Salid! ¡Salid!”.
No cuesta ningún esfuerzo no acudir,
¡ah, no!
Hago un recuento de nuestras fuerzas,
dos y un niño,
los que seguimos despiertos, obligados a ver
cómo se cuela el frío cuando del todo muere el fuego;
cómo se apilan los montones de nieve,
la entrada y el camino bloqueados,
hasta que incluso el reconfortante granero se va quedando muy lejos,
se agranda a la distancia
y en mi corazón surge la incertidumbre
de si dependerá de nosotros levantarnos con el día
y salvarnos por nuestra cuenta sin ayuda.

AL PARARME JUNTO AL BOSQUE UNA NOCHE DE NIEVE

Creo saber de quién es este bosque.
Su casa está en la aldea, sin embargo;
no podrá ver cómo aquí me detengo
a contemplar su bosque cubierto por la nieve.

Mi pequeño caballo debe pensar que es raro
pararse en este sitio sin granjas a la vista
entre el helado lago y este bosque
en la noche más lóbrega del año.

Sacude las campanillas del arnés
para preguntar si me habré equivocado.
El único otro sonido es el barrido
calmo del viento y de los copos suaves.

El bosque es hermoso, oscuro y denso,
pero tengo promesas que cumplir,
y mucho que andar antes de dormir,
y mucho que andar antes de dormir.

EL CAMINO NO ELEGIDO

Dos caminos se abrían en un bosque amarillo,
y triste por no poder caminar por los dos,
y por ser un viajero tan solo, un largo rato
me detuve, y puse la vista en uno de ellos
hasta donde al torcer se perdía en la maleza;

Después pasé al siguiente, tan bueno como el otro,
posiblemente la elección más adecuada
pues lo cubría la hierba y pedía ser usado;
aunque hasta allí lo mismo a cada uno
los había gastado el pasar de las gentes,

y ambos por igual los cubría esa mañana
una capa de hojas que nadie había pisado.
¡Ah! ¡El primero dejé mejor para otro día!

Aunque tal y cómo un paso aventura el siguiente,
dudé si alguna vez volvería a aquel lugar.

Seguramente esto lo diré entre suspiros
en algún momento dentro de años y años:
dos caminos se abrían en un bosque, elegí...
elegí el menos transitado de ambos,
y eso supuso toda diferencia.

DIRECTRIZ

Atrás, lejos de todo este presente que nos es excesivo,
atrás hacia una época simplificada por la pérdida
de detalle, quemada, diluida, y resquebrajada
como un mármol del cementerio a la intemperie,
en una casa que ya no es una casa
en una granja que ya no es una granja
y en una ciudad que ya no es una ciudad.
Allí la carretera, si te dejas dirigir por un guía
que de corazón desee solamente tu extravío,
podría dar la impresión de haber sido una cantera:
enormes rodillas monolíticas que la antigua ciudad
hace tiempo que renunció a mantener tapadas.
Y hay una historia en un libro que lo cuenta:
además del desgaste de las ruedas de los carros
las vetas muestran líneas de sureste a noroeste,
la labor del cincel de un Glaciar descomunal
que apoyaba ambos pies firmemente en el Ártico.
No debe inquietarte su frescor que dicen
aún ronda por esta ladera de la Montaña Panther
Ni tiene que inquietarte la múltiple ordalía
de ser observado desde cuarenta sótanos en ruinas

como por tantos pares de ojos desde cuarenta toneles.
En cuanto a la agitación de los árboles sobre ti,
que transmiten ráfagas de ligeros susurros a sus hojas,
adjudícaselo a la arrogante inexperiencia.
¿En dónde estaban todos ni hace veinte años?
Se creen muy importantes por haber puesto a la sombra
unos pocos viejos manzanos agujereados por los picos.
Improvisa una alegre cancioncilla sobre cuando ésta era
antes la carretera que iba del trabajo a la casa de alguien,
el mismo que tal vez vaya a pie solo un poco más adelante
o haciendo chirriar una carreta con una carga de grano.
La cumbre de la aventura es la cumbre
de la región en la que las costumbres de dos pueblos
se fundían una en la otra. Ambas se han perdido.
Y si estás suficientemente perdido como para encontrarte
a estas alturas, recoge la escalera de la carretera tras de ti
y cuelga una señal de CERRADO para todos salvo para mí.
Después haz como si estuvieras en tu casa. El único prado
que queda ahora no es más grande que una matadura.
Primero encontrarás la casa imaginaria de los niños,
unos pocos platos hechos añicos bajo un pino,
los juguetes de la casa de juegos de la infancia.
Llora por las pequeñas cosas que los hacían felices.
Después por la casa que ya no es más una casa,
sino solo las enliladas ruinas de un sótano que ahora
se cierran poco a poco como una mella en la masa del pan.
No se trataba de una casa de juegos sino de una de veras.
Es a la vez tu destinación y tu destino
un riachuelo que fue el agua corriente de la casa,
frío como un manantial aún cerca de su fuente,
demasiado elevado y reciente para embravecerse.
(Sabemos de las corrientes del valle que al excitarse
dejan sus harapos colgando de espinas y de púas).
He mantenido oculto bajo el arco del pie

de un viejo cedro junto a la orilla del río
un viejo cáliz quebrado parecido al Grial
bajo un hechizo para que no lo halle quien no debe,
y así no encuentre salvación, como dice San Marcos.
(El cáliz lo robé de la casa de juegos de los niños).
Aquí tienes tus aguas y aquí tu abrevadero.
Bebe y vuelve a estar completo, libre de confusión.

***

El libro está en estas bibliotecas. Vuestro carnet os permite solicitar que os lo traigan. También está en la biblioteca del Koldo Mitxelena, pero en este caso tenéis que desplazaros a por él.

Sucursal	Localización	Tipo de ejemplar	Disponib.	Cod.Bar.	Signatura	Sig.Supl.
Vitoria-Diputación Foral de Álava	Casa de Cultura Ignacio Aldecoa - Adultos	Sección adultos (general)	Prestable	Prestado hasta 10/03/2026	1172552416	P FROST Robert poe
Plentzia	Biblioteca Municipal	Depósito	Prestable	Disponible	9231374	P FRO poe
Bilbao-Bibliotecas Municipales	Bidebarrieta	Sección adultos (general)	Prestable	Disponible	9198089	163698
Bilbao-Mediateka BBK de Azkuna Zentroa	Mediateka BBK de Azkuna Zentroa	P.3. LENGUA Y LITERATURA	Prestable	Disponible	9443784	P FRO poe
Bibliotecas Municipales de San Sebastián	Biblioteca Central	Sección adultos (general)	Prestable	Disponible	9168532	P FRO